

# Cuentos del paraíso de las islas 12-12

## Arcadio y los pastores (Novela africana y pastoril)

[emilio.sola@cedcs.eu](mailto:emilio.sola@cedcs.eu)

Colección: E-libro: El paraíso de las islas  
Fecha de Publicación: 21/11/2023  
Número de páginas: 15  
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

**Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.**  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



### **Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.**

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

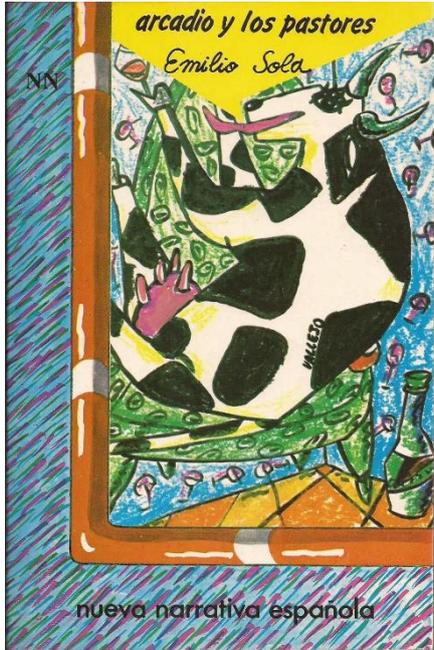
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

[www.cedcs.eu](http://www.cedcs.eu)  
[info@cedcs.org](mailto:info@cedcs.org)

# Cuentos del paraíso de las islas

## 12

### 12 Arcadio y los pastores



“Arcadio y los pastores (Novela africana y pastoril)” fue publicado en 1986 por Ediciones Libertarias, una editorial fundada por Antonio Huerga y Charo Fierro, que luego vendieron su fondo a Produfi, con lo que pasó a denominarse Libertarias-Produfi. Su tiempo literario es en torno al año 68 después de la Gran Guerra (GG) y muerte de Juan Bravo (JB), unos 16 años después de la muerte de don Borondón el Antiguo, en la cronología utilizada en el llamado “Paraíso de las islas”, en el que viven los redactores o amanuenses, y nosotros mismos también sin duda. El texto procede, como siempre estos relatos, de la Biblioteca de don Borondón o del Naranjal, y uno de sus personajes es precisamente Fito Naser, quien está ahora al frente de esa casa y biblioteca habitada que fue la casa de don Borondón o del Naranjal, junto con el protagonista principal del relato, incluido en su título, Arcadio, Arcadio el hijo de Ulrica.

\*\*\*

En el Archivo de la frontera hay una primera edición digital de 2015, que puede consultarse aquí:

<http://www.archivodelafrontera.com/e-libros/arcadio-y-los-pastores-novela-africana-y-pastoril/>

\*\*\*

La presente edición se hará en 21 fragmentos, tal vez 22 en total, para hacerlos breves en esta segunda edición digital, ocho años después de la primera, para que resulten más legibles:

12-00, 12-01, 12-02, 12-03, 12-04, 12-05, 12-06, 12-07, Segunda parte: 12-08, 12-09, 12-10, 12-11, 12-12, 12-13, 12-14, Tercera parte: 12-15, 12-16, 12-17, 12-18, 12-19, 12-20, 12-21

\*\*\*

He aquí el índice del relato, según la edición en papel de 1986:

## INDICE

### PRIMERA PARTE

1. Simón el Mago y la Casa despertador de pájaros. . . . . 9
2. Conversaciones de Simón el Mago y Sidi Abdelhakim Bushacor sobre el padre del cuchillo . . . . . 13
3. Las leyendas de Hamam Masjutín, el baño de los maldecidos, y la fiesta de la flor y de la pintura de Suk Ahrás. . . . . 22
4. El grupo del valle del Mago . . . . . 32
5. La compañía de Leila Naser en Guelma y los amores de Leila V y Estambuli Entrambosaires . . . . . 40
6. Leila Naser madre, IV para entendernos, Leila hija y Estambuli charlan sobre el pasado. . . . . 50
7. Filis, Yeni y el grupo del valle del Mago . . . . . 61

### SEGUNDA PARTE

#### Introducción del amanuense con homenaje a un viejo amanuense, ex-agobiado, desaparecido

1. La vida en el valle del Mago, con el cambio de amanuense en el relato y la historia de Claudia Auani y Flora Abenza . . . 75
2. Don Fion y Claudia Auani en el calvero del perro y de la cabritilla . . . . . 87
3. La compañía de Leila Naser en el valle del Mago . . . . . 97
4. Los rebaños de la transhumancia en el valle del Mago, con la historia de Catalina Ivanova, la niña meada por los perros . . . 106
5. La breve experiencia de transhumancia de Leila Naser V, con una interpolación amplia del amanuense segundo de este relato . . . . . 114
6. Los amores de Alí Hamuín y Claudia Auani, con la preñez de ésta y su abandono del valle del Mago . . . . . 124
7. El dramático llamamiento del demógrafo Paulov . . . . . 134

**TERCERA PARTE**

**Introducción del segundo amanuense, con nuevo homenaje al amanuense ex-agobiado**

1. Historia de Yosín y respuesta de la gente al llamado de Cristino Paulov. . . . .	145
2. Los niños de mayo. La Coronela en el valle del Mago y primera infancia de Arcadia Copruku . . . . .	150
3. Disgresiones del amanuense sobre la dinastía de las Leilas Naser . . . . .	166
4. Sobre Olga Marruz y sobre el tercer año de la experiencia simoniana, con los preparativos primeros para la Universidad ganadera de Hamam Masjutín. . . . .	177
5. Muerte de Sidi Abdelhakim Bushacor y abandono de Arcadio del valle del Mago. Algunas consideraciones sobre la toma de Casentina . . . . .	187
6. El viaje de Arcadio por el paraíso de las islas, mensajero o embajador de la "Arcadia feliz", y susto a su regreso a Guelma . . . . .	199
7. Arcadio en la toma de Casentina, con la fiesta de la matanza del cerdo y del cordero, accidente de Arcadio y preparativo final del viaje con Fito Naser fuera de la Arcadia. . . .	210
<b>Dedicatoria y Final . . . . .</b>	<b>223</b>

que más de su mal carácter y se refirió a él como uno más de los “majaderos” ganaderos que no sabían mirar al campo y sus problemas con criterio correcto. Tartabizco, sin embargo, le despidió con un amable saludo, sonrisa y un “qué ma-malas pul-pulgas tienes, o-oye” que quitó asperezas a la mala educación —por todos conocido su mal carácter, por otra parte— del Andersen. Así pues, aunque iniciado el viaje juntos, por separado llegaron al valle del Mago y a tiempo ambos para aquella comida bajo las acacias, fiesta del inicio de la trashumancia.

Simón el Mago había de tratar con suma cortesía al de la Colza, un cuarto de siglo más viejo que él y creador de la cuadra de lo del Eulogio —aún entonces el chiringuito de Eulogio, a tantos años de la muerte del así llamado—, famosa ya y que había enviado yegudas selectas a tantos lugares distantes, y Arcadio no perdió ni un minuto de la sabia compañía de aquel anciano en las dos jornadas que duró su visita; en la berlina visitaron todo el valle y probaron uno a uno las yeguas y caballos. Eric Andersen se quedó también dos días pero, salvo Estambuli Entrambosaires y Filis, nadie fue capaz de soportar sus diatribas antiganderas más de diez minutos seguidos; con Estambuli y Filis recorrió también el valle, opinó sobre algunos extremos de la flora, sugirió áreas de cultivo e, incluso, soluciones para las zonas degradadas del bosque que le hicieron visitar. Cuando, los rebaños hacia el sur y los otros visitantes hacia el norte, el valle del Mago se quedó al fin con el grupo de Simón al pleno y solo, todos comentaron aquel verdadero festejo, reflexionaron, cambiaron impresiones y tantos et-céteras de rigor.

5.—Leila Naser —V, para entendernos— había viajado con los rebaños en trashumancia hacia el sur y había permanecido con ellos casi dos semanas; Sergei de Duvrovnik la había animado a ello, así como los demás del grupo, pues sa-

bían que había de ser experiencia creativa para la muchacha. Olga Marruz, que al principio estaba decidida a acompañar a su compañera, se echó atrás en el último momento.

—Temo quedarme sin carburante, chica, y por ahora no estoy preparada para soportarlo —le había dicho a modo de justificación, a la vez que le enseñaba la última botella de ron, ya comenzada.

Y el Estambuli, entre bromas y veras:

—No te irás a liar con algún zagal, ¿no?

—No te preocupes. Creo que aún no —y le había dado un beso en la mejilla—. Te avisaré cuando esté preparada para ese paso.

Había procurado Leila no entretenerse con uno solo de los grupos, en lo posible, más que el tiempo suficiente para conocer su ritmo y alguna historia hermosa que tuvieran para contarle y, cuando volvió de regreso al valle del Mago y a la casa despertador de pájaros —en donde pasaría una sola noche, de regreso a Guelma con cierta urgencia—, venía entusiasmada con la movida que tenían los trashumantes. Por la noche, tras la cena, en ese tiempo de la distensión previo al sueño, Estambuli al lado pendiente de sus labios, Leila les contó algunos momentos de su excursión de quince días, más que historias evocaciones de gentes con las que se había topado y situaciones.

—Había un zagal que llevaba siempre consigo un espejito y que conectaba en horas libres con zagalas de otra cabaña con rayos de sol a través del espejo dirigidos y con una preciosa frase, que a mí también me dijo: “soy un hombre objeto para ti, paloma” —todos rieron la ocurrencia—. Y si colaba, colaba.

O aquella otra muchachita encantadora del norte que había querido ensayar la trashumancia para tener un hijo de un zagal, zagala ella por un tiempo —y antes de conocida, añade este amanuense, la necesidad de evitar la tragedia que Cristino Paulov había de vocear por las islas—, y lo quería engendrar así y no de otro modo, para ponerle al hijo un nombre de árbol: Fresno. Había otro muchacho que al fin había vencido, al segundo día de noma-

deo, su obsesión con el reloj que se paraba siempre a la una menos diez, obsesión que le atormentaba desde una noche de alarma roja por motivos climáticos; previo a su viaje a las islas y su enrolarse final en los grupos de nomadeo, había visitado muchos de los que llamaban psiquiatras a medida, en el norte, y ensayado no pocos catálogos que le mostraron de “cómo quiere ser usted”. Uno de los rabadanes llevaba consigo siempre, y lo extendía en las acampadas y lo contemplaba largo antes de dormir, un bordado coreano con paisaje de lagunas y cañas, una gran luna y grullas volando. Otro rabadán o pastor jefe, un hombre viejísimo y afable que se llamaba Petrol, o algo así, le había contado que había sido abogado en su juventud y había defendido a un ladrón que había robado en su propia casa de cuando abogado, consiguiendo rebajarle la pena de once años, que pedía el fiscal, a cuatro meses. “Toda sociedad tiene los delincuentes que se merece”, le había dicho el tal Petrol, y aquel ex-ladrón estaba también en una de las cabañas vecinas; había llegado a conocerle y él mismo le curó una pequeña herida en un dedo con hojas de romero mascadas, según una antigua tradición al parecer. En algunos grupos, a los pocos días de iniciada la trashumancia, comenzaba la gente a tocarse más, chicos y chicas jugando a juegos en los que con frecuencia sus manos se enlazaban. Otro zagal había que llevaba siempre consigo una pequeña maleta y, cuando le daba el siroco, la sacaba a pasear. Y una guapísima muchacha enamorada de un chico algo tonto, que no sabía ni hablar, dócil y amatore que en los descansos tras las comidas hacía garabatos estáticos graciosos con sus brazos, como cuellos de cisne o pato. Otra zagala, de exuberante físico, morena y de hermosos ojos, llamada Pilar, decía que amaba a la gente que en la noche no sabía dónde situar su cuerpo; y en momentos de euforia, añadía: “Yo, me sobro”. Un americano un día, con un acordeón —pensaba que sería de origen argentino porque le oyó decir que había llegado cantando tangos y se había enamorado del rai, les contó una hermosa historia de un cantor que en un callejón cantaba “Malena tiene penas de bando-

neón”, y hablaba con deje así, ché, qué lindo—, les brindó una hermosa tonada —“sobre todo dedicada a las señoras”, dijo— de la que recordó y apuntó un sugerente fragmento: “me entregaré a la muerte con la misma alegría con la que me entregué al amor...”

—Necesitas un respiro, Leila —había interrumpido Filis, y obsequiosa—. ¿No te apetece un té?

—Densa tu excursión, chiquilla —sonriente Simón.

Tomaron un té; Ali y Don Fion contaron algún chiste; Estambuli y Arcadio, sentados a la turca, los ojos como faroles, animaron a la chica a seguir con sus evocaciones.

—Más, Leila, más —inquieto Arcadio.

—Una noche, entre música de chirimías y atabales, un viejo pastor jefe enteco y renegrado nos contó una historia de amor trágico de una muchacha que se llamaba Marcela, como la pastora de la función que tanto te había gustado a ti, Estambuli, que para poder vivir libre, como ella pensaba que había nacido, escogió la soledad de los campos. Era una historia literaria clásica, pero en los labios del viejo pastor la espiral del amor, el desdén, la ausencia y los celos, para nosotros tan ajeno hoy, sonaba divinamente; decía que todo lo hermoso es amable aunque no todas las hermosuras enamoran; decía también que algunos antiguos opinaban que el verdadero amor no se divide y ha de ser voluntario y no forzoso... El pastor enamorado de la tal Marcela, muerto de amor, había rogado a su amigo más querido que le enterrara al pie de la peña, donde la fuente de un alcornoque, lugar en el que había visto a la pastora por primera vez... Cosas antiguas pero que, bien narradas, son una hermosura.

Otra noche, continuaba Leila recordando, en que habían degustado un vino del color y sabor de la madera, un muchacho les emocionó al contar un viaje de huída de “un mundo absurdo en el que te pagaban por no trabajar y, además, eras rentable en tu inactividad”, como él decía; otro compañero suyo de viaje se sentía feliz pues “ya soy el hombre que nada necesita, la collada de la cruz de Llamas de mi niñez al fin olvidada”. A modo de mascota los

de aquella cabaña tenían un alce americano, grandote, tímido y solitario; el rabadán o pastor jefe era un tal Potocki, con su carga-chepa de fábulas y perplejidades, y en el mismo grupo había dos zagalas, una de ellas saharai que decía refiriéndose a los de su pueblo de origen que “¡que juventud tan delgadita!”; fue ella la que les contó también una historia muy plástica de lo que llamaba la noche 27, la noche del destino, en la que se ponían alquitrán en los dedos de los pies para protegerse de los ángeles liberados, y ella también la que les había comentado un bello dicho de su pueblo: “la inteligencia es capaz de construir una casa sin vigas; la ignorancia la destruye”. La otra chica de la cabaña del Potocki —Leila recordaba aquel grupo con especial simpatía y se había quedado con ellos tres días completos—, de pelo rufo en crenchas y adornado como con caireles o flecos, era la hija de un rey a quien su país no quería, él no había sabido constatarlo y habían tenido que echarle a bofetadas; conservaba aún la chica no pocos prejuicios raros, un anillo en el meñique del que no se quería deshacer y había pasado largo tiempo como la gente perdida, descolgada o descolocada, tres días de casa en casa como mensajera, hasta que se había topado con aquel muchacho encantador que era el que se decía “el hombre que nada necesita” —Toñín o Toñu su nombre, creía recordar Leila—, se habían identificado plenamente con su nostalgia común de tierra perdida o abandonada y habían iniciado juntos la experiencia de la trashumancia. Aún conservaba la hija del rey la línea de los labios marcada y dura, prolongada y brillante, afirmaba que ante un dolor o un pesar se decía “cerebro mío: no registres este dolor”, y no lo registraba, pero en la manera de mirar a su Toñín o Toñu Leila había captado una infinita ternura... En fin. Leila Naser recordó la despedida del tal Toñín o Toñu, cuando ella abandonó su grupo para visitar a otros, bajo la mirada irónica y tierna del Potocki y la hija del rey que le ofrecía un ramo de asfodelos con sus hojas largas como espadañas:

—...Y si vas a Madrid, visita calle Tal, donde un día

habité, y dime, si un día nos reencontramos, si aún existe el lugar, si es casa o descampado el que fuera número tal, si hay niños por allí...

Simón el Mago sugirió que era la hora de dormir, tardísimo ya aquella noche; hasta Don Fion y Ali, Yeni y Flora estaban inmersos en esa dulce o blanda seriedad casi sonriente que da el ensueño; Imanol le había echado un brazo al hombro a Filis, que reposaba la cabeza en su hombro, y Catalina se había acurrucado junto a ellos, como Claudia Auani que reposaba su cabeza en el muslo de Ali. Cuando Leila y Estambuli iban hacia la jaima que decían la coqueta, Arcadio les alcanzó.

—¿Me dejáis dormir con vosotros esta noche? —y sus ojos brillantes y somnolientos les enterneció.

—Claro que sí, Arcadio —sonrió Leila—. Ven con nosotros.

Y fue Arcadio aquella noche quien veló, a la luz de las candelas y los reflejos dorados y plateados de interior oriental de la coqueta, el perfil dormido de sus dos colegas casi hasta el amanecer.

Menos de diez años faltan para que se cumpla el centenario de la gran guerra, cuando estoy escribiendo, intentando llevar hasta el final este relato que dimos en titular “Arcadio y los pastores”, y poco más de un cuarto de siglo que pasaron los hechos que estoy narrando. Confío en estar vivo y con fuerzas aún para la celebración del centenario, que se adivina será espectacular y de balance. Mi antecesor amanuense en esta historia, desde que la abandonó para dedicarse de nuevo a la acción directa con los grupos en una gran ciudad del interior ponentina, sé que no ha podido volver a escribir, aunque en ocasiones lo añora, y que ha comenzado a poner en marcha un hermoso proyecto que quieren que esté lanzado para las fechas del centenario: la revitalización de los pueblos abandonados de la alta meseta que rodea a la gran ciudad del interior en la que ahora vive. La última vez que nos vimos —él se interesó por la continuación de éste mi relato de ahora, que fue suyo—

en una visita relámpago que hizo a la reunión de amanuenses de la isla de Lampedusa, convocada para preparar el centenario de la gran guerra con un margen de tiempo apreciable de diez años, me explicó que lo que está haciendo en estos momentos no es muy diferente del ejercicio de la escritura, que montar un proyecto ambicioso y que le guste no es muy diferente de escribir un relato como éstos, que la elaboración por escrito del proyecto es tan creativo como la escritura de una novela antigua. “Posiblemente —me llegó a decir— los antiguos escritores de ficciones cuando no podían hacer una cosa la escribían y, así, luchaban contra su propio descoloque o ‘locura’, que pudiéramos decir o pudiera llamarse”. No lo tengo muy claro personalmente pues yo no estoy en el terreno de la ficción sino que hago simplemente de cronista de una realidad, pero intuyo que puede ser verdad lo que el antecesor mío en la redacción de esta historia me comentara. A mí, en concreto, me hubiera gustado escribir biografías, pero es un género casi imposible hoy, tanta es la interferencia de la vida de los grupos en la vida personal; de mis sueños primeros como amanuense tengo una ficha, que era un proyecto, de una biografía que me hubiera gustado escribir, la vida de un hombre que, en mi niñez, escuchada de labios de un anciano caribeño, me pareció ejemplar; podía haberme documentado ampliamente en mis viajes al Caribe, pero siempre, otros temas entre manos, me fue imposible. Quede aquí recogida, en esta pausa que necesitaba hacer en la redacción del relato que me encomendaran, como referencia de sueño irrealizado, y ya irrealizable, de anónimo amanuense. Dice así: “San Juan (o Huan, o Guan) Cubano Blanco de Matanzas López, mulato claro a quien la revolución le regaló una úlcera y una visión del mundo y de la sociedad o de los grupos estoica y sonriente, sosegadora —emisor de buenas vibraciones—, sedadora o sedante, sabia —palabras eficaces, medida—, contenida y correcta”. Tal vez a lectores del paraíso de las islas, nacidos y formados en él, les pueda parecer, a lo menos, extraña la formulación de esta ficha de trabajo, pero

para mí cada palabra era una señal clara, como faro marino en la noche, y a la vez hermética, como algo que yo ansiara penetrar, o conocer, o ser. En fin, ya me siento más tranquilo y con nueva marcha para continuar, esta como nostalgia —de un yo que he notado recientemente con fuerza envejecer— expresada.

Yeni y Filis debían viajar al norte, a Guelma, para de allí pasar a Annaba, la antigua Hipona y menos antigua Ona, y habían quedado con Leila Naser en hacer el viaje juntas en uno de los camioncitos con el que contaban para ese tipo de desplazamientos. Imanol, Estambuli, Arcadio y Simón el Mago se levantaron con las tres chicas al alba para la despedida. A Imanol y a Filis se les veía con talante especial de despedida, sus manos con frecuencia enlazadas y alguna mirada que otra con sonrisa o breve beso consiguiente, tortolitos. Yeni ajustó los carpetones de planos y los ligeros macutos de objetos personales de las tres.

—¿Entre tres semanas y un mes, entonces? —preguntó el Mago tras el desayuno.

—Sí; creo que bastará con ese tiempo —muy segura Yeni.

Leila abrazó a Estambuli y a Arcadio antes de subir al camión y éste se desprendió del abrazo y corrió hasta el cercado de los caballos. Yeni al volante, cuando Filis se desprendió de los brazos de Imanol y se instaló con las otras dos muchachas, se pusieron al fin en marcha; tras ellas, Arcadio en su potrilla blanca les gritaba despedidas.

—¡Hasta pronto, Leila! ¡Guapa! ¡Yeni y Filis, hasta pronto!

A trote lento volvió luego a la casa despertador de pájaros el chico y se entretuvo en preparar él el desayuno para los aún durmientes que no tardarían en levantarse. Aquel día había de hacerles las tostadas chamuscadas a su gusto sin al lado tener las regañinas de Filis persiguiéndole. Desde su llegada al valle del Mago, casi un año atrás, había crecido más de tres centímetros —le había pedido a Estambuli que le midiera una vez más y le pusiera la nueva marca

en una jamba de la puerta de la casa— y se sentía muy ufano de su físico y altura.

—Ya te llego a la oreja, Simón. Para la próxima primavera tendré, al menos, tu altura.

—Y pronto hasta su barba, chaval, que ya el bozo está diciéndome “afeítame por favor” —e Imanol le enseñó a Arcadio los trastos de afeitarse que se disponía a usar.

Era Imanol un hombre muy cuidadoso con su figura e incluso los días de trabajo especialmente duro o árduo se acicalaba como si para una “fiesta de sociedad”, que decían los antiguos, se tratase. Con minucia limpiaba sus dientes, enjuagaba la boca, se afeitaba con parsimonia, procuraba ducharse con agua fría, incluso en el invierno, y siempre tenía a mano alguna crema hidratante para proteger la piel de su rostro y laca para mantener su cabello bien peinado hacia atrás y que, salvo días muy especiales, parecía siempre recién peinado y casi engominado. A Arcadio le divertía aquello que para él eran manías del Tolosa, pero poco a poco éste le había ido inculcando ese cuidado personal por su físico y esa atención a su mantenerse en forma, sobre todo tras la jornada de trabajo en que, salvo el afeitado, volvía a repetir las sesiones matinales de ducha-limpieza de boca-peinado-crema hidratante-perfumado. Y en los días cálidos todas esas operaciones solía hacerlas al aire libre, en un rincón bajo el bosquecillo de pinos y acacias que Imanol con la ayuda de Arcadio y Estambuli había adecuado para ello, un espejito, un recipiente para el agua fijo a media altura, una manguera y un arca o armario-arqueta.

El torso desnudo, Imanol se afeitaba ante el espejo al aire libre y Arcadio le miraba hacer.

—¿Te vas a duchar luego?— le preguntó Arcadio.

—¡Claro! ¿No te animas tú?

—No; ahora, no. Hace frío aún; por la tarde sí... Pero si quieres te enchufo la manguera.

Estambuli se acercó y, antes de que terminara Imanol de afeitarse, le pidió que le diera una pasada con la maquinilla por el bigote y las patillas.

—¿No quieres que te dé un toque a ti, Arcadio? —preguntó Imanol.

—No. Voy a dejarme bigote.

—Con esa pelusa no se forma un bigote —señaló Estambuli—. Hasta dentro de dos años por lo menos no se te formará.

—Bueno. Voy a intentarlo al menos —le respondió Arcadio.

Toda la gente estaba ya en la casa y Estambuli se fue para terminar con las tareas del desayuno. Arcadio preparó la manguera, se refugió tras la acacia más próxima y la enchufó hacia Imanol desnudo.

—¿Me tienes miedo que tanto te escondes? —preguntó éste riéndose.

—No, miedo no. Te conozco.

Y es que Arcadio sabía que, aunque vestido, podía ganarse una ducha, o un remojón al menos; no hubiera sido la primera vez que Imanol le dejara empapado de agua, aún vestido, para quitarle el miedo a la ducha matutina, entre risas y bromas; y no estaba dispuesto Arcadio a que aquello sucediera esa mañana.

Luego, sí; una vez Imanol seco y vestido de nuevo, se le acercó para ver el proceso final de su aseo, y accedió a que le perfumara aunque no al peinado lacado. Le gustaban más las greñas naturales. Volvieron hacia la casa.

—¿Y qué vas a hacer ahora sin Filis aquí? —le preguntó Arcadio con interés.

—¿Que voy a hacer de qué?

—Pues, no sé. Vosotros los mayores siempre os apalancais con una chica, ¿no?

—Bueno, sí. Pero no es tan importante. Filis y yo nos lo hacíamos bien... pero podemos seguir bien igual. Además, hay que estar prevenidos contra lo que antes llamaran ausencias y celos.

—Eso aún no lo entiendo. Cuando Leila contaba el otro día cosas de esas, me atraían pero no las comprendía bien.

—Es literatura pasada.

En el desayuno coincidieron con Claudia, Catalina y

Ali, recién levantados; en silencio tomaban café y la infrecuente seriedad de Ali mostraba a las claras que algo poco agradable estaba sucediendo. Imanol le hizo un guiño de complicidad al Arcadio y en silencio, como sus vecinos de mesa, hicieron los honores al desayuno.

— ¡Literaturas pasadas, tío! —le dijo Arcadio a Ali, así en general, dándole una palmada en la espalda al salir y a la vez que le devolvía el guiño a Imanol.

Rieron los dos, cómplices; Ali nada había comprendido y se encogió de hombros; las dos chicas le daban al botón del lavavajillas, las últimas habían sido en meter sus cubiertos allí, y todo el mundo se dispersó por el valle a su tarea cotidiana.

6.—Este amanuense no sabe bien cómo explicarlo, pero lo tiene claro: hay gentes emisoras y gentes ladronas de buenas vibraciones, de operatividad, de marcha —las buenas vibraciones siempre son operativas, y eso sí que lo afirma sin ningún rubor ni temor a equivocarse—, y va a ensayar explicarlo, como siempre, a su manera. Entre tus cercanos siempre hay alguno con el que más a gusto planeas, ensayas, haces o simplemente al charlar te provoca a favor y te nace la historia —o le nace— mejor narrada; la chispa vital de cada uno se complementa, en este caso, apuntala o enriquece a la otra, la hace investigar mayores profundidades; si de proyectar o de planear se trata, el tal proyecto o plan se perfila con mayor armonía o rapidez; están presentes las buenas vibraciones, es más fácil o más satisfactoria la “amistad”. Por el contrario, ocasiones hay en que la presencia de alguien produce un efecto absolutamente contrario, no te sale bien narrada la historia en la conversación, el plan o el proyecto se enreda en mil vericuetos sin aparente salida, la chispa vital se amodorra apenas manifestada y es difícil que pase a la acción o que te haga o haga en general pasar a la acción; ese alguien te está robando —o tú a él— las posibles buenas vibraciones emitidas, la operatividad, la marcha; sus emisiones son contrarias o al menos